Despiertame cuando regrese

German Asmus

Capítulo 1

Image not found.

«"Hay veces que recuerdo aquel estrecho camino que daba a casa, el viento que ponía frenético al portón en un abrir y cerrar, y el aroma a comida que salía de la cocina cuando llegaba del colegio [...]"»

El joven Jeremías, el último hijo de una familia muy conocida en el pueblo, por ser cultivadores de balayas, era increíblemente dedicado a sus estudios, le fascinaban las matemáticas, la física y la tecnología.

A Jeremías no le gustaba trabajar en el cultivo de balayas. Siempre protestaba cuando sus padres le pedían ayuda. Un poco arrogante de su parte.

La balaya, era una fruta oriunda de Viento Fuerte, una pequeña comunidad que yacía sobre las colinas.

La familia de Jeremías era conocida por tener uno de los cultivos más hermosos de Viento Fuerte. Su madre Margarita y su padre Augusto

habían nacido allí y nunca se interesaron en salir del pueblo.

El campo de balayas les había sido heredado a los padres de Jeremías. Era costumbre que de padre a hijo se pasaran los bienes familiares. Cada uno de los hijos, que mamá Margarita y papá Augusto habían criado, estaban destinados a mantener el negocio familiar, que sustentó a las generaciones pasadas y los seguía sosteniendo hasta ese momento.

Viento Fuerte, era un pueblo alejado de la capital, más bien al norte sobre los montes, donde los vientos soplan tan fuerte que las mismas montañas parecían estar inclinadas hacia un costado.

Así pues, la familia de Jeremías cultivaba las balayas del método original que había sido transmitido por el abuelo de su padre. Las balayas son frutos nacidos en los árboles, los balayos, y cuando están suficientemente maduras caen gracias a los vientos que soplan constantemente día tras día.

Por fuera del cultivo, la familia usaba una red que atrapa aquellas balayas maduras que caían, así hacían rendir al máximo las frutas. Por lo general, era tarea de Jeremías, cambiar de lugar la red dos veces al día.

Los habitantes de Viento Fuerte eran pequeños en estatura, caminan pegados al suelo y aunque sus cuerpos parecían los de niños de diez años, eran fuertes y muy capaces.

Jeremías, había terminado el quinto año del colegio y sus padres habían optado por sacarlo de sus estudios para que trabajase como todos sus hermanos en el cultivo.

La respuesta de Jeremías fue un rotundo "¡No!", estaba negado a aceptar ser un simple cultivador de balayas. Su sueño era ser un estudioso, un ingeniero, un futurista, como los que había escuchado en historias que los mercaderes traían de la capital. Pero sus padres le reprobaron, y le dieron mil y una razones. Solo así, sin más, Jeremías se encerró en otras miles de justificaciones que pensaba y re pensaba, infalibles respuestas imaginarias, a las cuales sus padres no podrían apelar. Por la cabeza del joven pasaron cuantas ideas podía imaginar, sobre todo los descabellados planes de emprender una aventura solitaria lejos de su familia. «Desapareceré [...] no me verán ni salir»

Image not found.

«"La incertidumbre de aquel viaje fue la que me llevó a caminar por la nostalgia"»

Fue así, que Jeremías tomó la decisión definitiva que cambiaría su vida. Tomó sus cosas, las puso en una pequeña mochila y escapó de su casa. El pequeño no sabía si lo que estaba haciendo estaba bien, pero no quería ser parte del negocio familiar.

La puerta fue su compinche y ni siquiera el rechinar se escuchó cuando el joven jaló para poder salir de la casa. Todos dormían plácidamente y aquella noche, solo las montañas y la luna lo vieron partir.

A pequeños pasos, Jeremías descendió de las altas cumbres hacia la capital. Allí, estudiaría la técnica y el arte de la ciencia, de las que era fanático.

Le llevó más de dos días llegar a la capital, sus pequeños pies apenas si lo hacían avanzar. Aún así, era un camino fácil de caminar, había una ruta marcada en tierra, puesto que era muy transitado por comerciantes, pero

a la noche era de por demás tranquilo.

Jeremías, de a momentos sentía arrepentimiento. Pero eso no lo detenía.

«"No quiero volver a casa. Soy libre y puedo cuidarme solo", divagaba Jeremías»

Al llegar a la capital, se deslumbró al ver los edificios. Parecían tocar las nubes que ocultaban al sol esa mañana. La increíble diferencia que existía respecto a su pueblo era descomunal y lo tenía demasiado distraído.

Las calles estaban hechas de una piedra oscura lisa, las casas estaban iluminadas por fuera por pequeños candiles de luz intensa.

«"A Serena le encantaría ver estas enormes casas...", Jeremías recordaba a su hermana, unos años mayor que él»

Sobre las casas parecía que se armaba una maraña de cuerdas, era como una red que tapaba el cielo, pero lo más raro era que no corría el viento sobre su rostro, sino que algunos carros le lanzaban humo gris sobre su rostro cuando pasaban al ritmo de un seis por cuatro.

Jeremías recordaba que hacía unos cuantos meses había aparecido en Viento Fuerte un joven bien vestido en busca de "soñadores del futuro mecánico" y Jeremías se acordaba de cada una de sus palabras, quizás fue aquel hombre quien cultivó este sueño en él.

Este hombre, le había dado una tarjeta de presentación, y Jeremías la había atesorado todos estos años. Cualquiera pensaría que su plan era desde un principio dejar su casa y Viento Fuerte.

Sacó la tarjeta y leyó la dirección, "calle doscientos, al doscientos". Sin embargo debía encontrar la calle y no llevaba ningún mapa consigo. Sin embargo, no fue un impedimento para Jeremías, y comenzó a pedir indicaciones a quienes veía pasar cerca de él. Las indicaciones que pedía a los habitantes de la capital lo llevaban por calles desiertas. Cargar su mochila lo atosigaba, sus piernas estaban cansadas y su respiración empezaba a notarse agitada.

Fue en una calle bastante escondida que dio cuenta de que la casa se encontraba frente de él. Con las pocas fuerzas que le quedaban avanzó y se chocó con la puerta de la casa.

Sobre la puerta había un cartel de chapa oxidada.

«"¿Mech? [...], debe ser aquí"»

Al tocar la puerta un joven abrió mientras luces y chispas iluminaban el fondo como si fuera año nuevo. Jeremías se presentó educadamente, primero su apellido y luego su nombre, y por último su proveniencia.

Sin perder ni un segundo, le comentó su situación entre onomatopeyas de dubitación. Solo, lejos de su hogar y en un lugar desconocido Jeremías llevaba unos días bastantes difíciles para un pequeño de solo catorce años.

Dejando de lado los formalismos y las presentaciones, el joven hizo pasar a Jeremías y se presentó como Tomás, claro que el niño lo recordaba muy bien.

Tomás le permitió quedarse allí a vivir sin mucho más, lo que sorprendió a Jeremías. Pero así también debería hacerse cargo de algunos quehaceres de la casa. Eso era previsto para el niño. El pan y el techo eran algo indispensable por el cual debía estar más que agradecido, y aceptó todas las condiciones que le había atribuido. Además, Jeremías le había comentado sobre sus deseos de aprender las técnicas, que hacía tiempo atrás, Tomás había mencionado.

A su edad, Jeremías sabía cocinar, y aunque no era muy bueno con la limpieza, ahora la palabra de Tomás era incuestionable. Los quehaceres a cambio de las enseñanzas.

Sus primeros días, les fueron como una pesada carga y nada aún había aprendido.

«"¿Cuándo aprenderé algo?, los pisos relucen y la comida siempre se sirve caliente [...]", Jeremías empezaba a cuestionar su labor a cambio de nada»

Tomás, aunque estaba en la casa, parecía ausentarse mientras trabajaba, y eso era todo el día.

La primera semana pasó y Jeremías se había acomodado a los horarios de Tomás. Sabía cuándo comenzaba a trabajar y cuando volvía del taller para cenar.

Así, siete días después de que Jeremías entró a la casa de Tomás, todo comenzó.

Había amanecido y el sol apenas iluminaba por encima de la ventana. El niño, que seguía dormido porque solía despertar horas después, no pudo resistir la sacudida que le interrumpió el sueño.

Era Tomás, y así sin previo aviso, levantó al niño y lo hizo desayunar. La cara de Jeremías seguía adormecida, y solo con pan y leche alimentó la

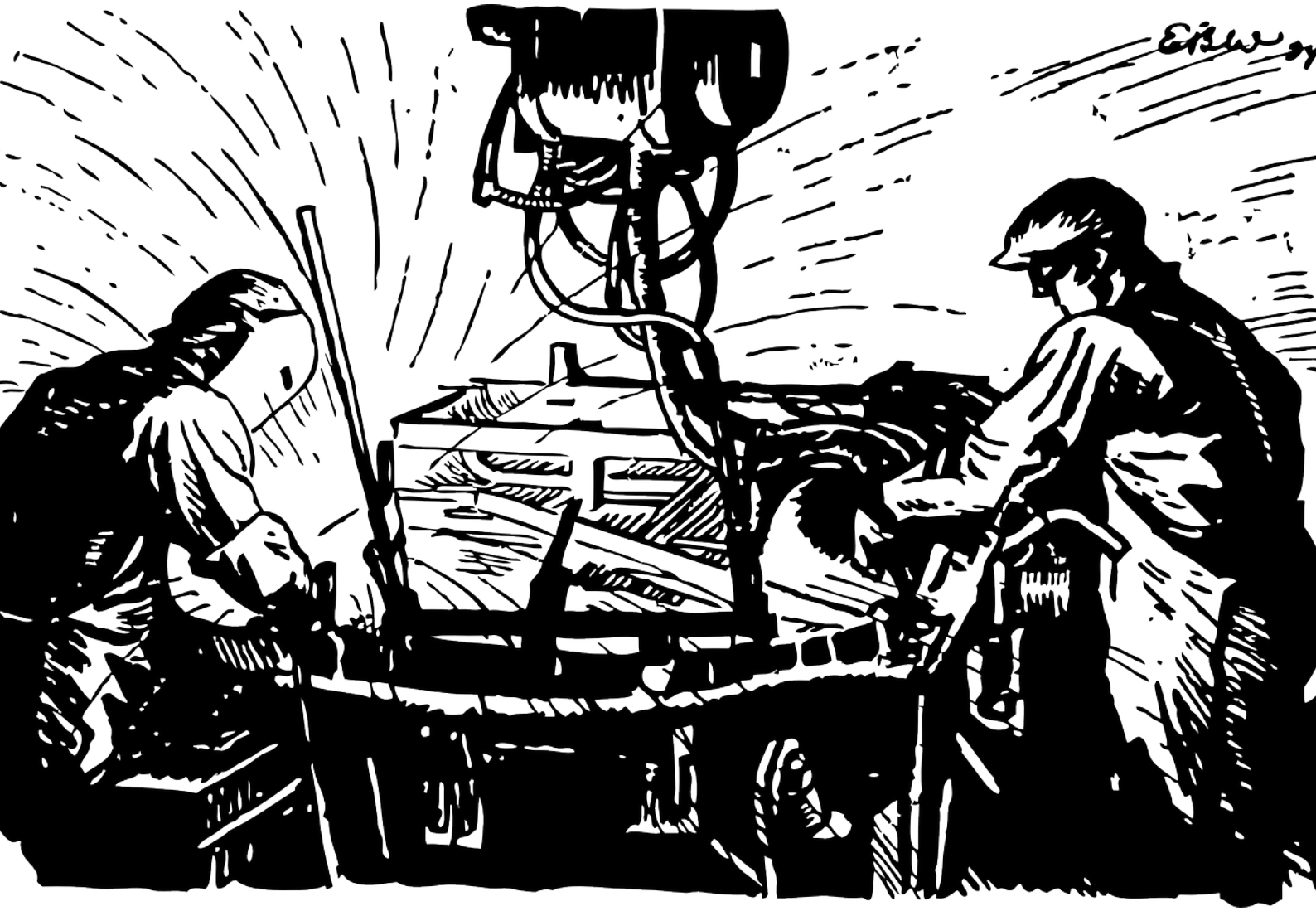
mañana.

- Hoy empezarás a trabajar como mi ayudante.

La sorpresa que se llevó el niño, dejaron todas sus dudas a un costado.

Y así fue su primer día, sin conocimiento, sin saber qué hacer, pero de a poco comenzó a reconocer cuales eran las herramientas, sus nombres, donde se guardaban y para qué servían.

Aunque al principio solo se mantuvo detrás de Tomás, su participación era de grata ayuda, y tanto la casa, como el taller comenzaron a transformarse en un ambiente ameno y hasta familiar.



«"Entre las chispas y el olor al taller, mi sueño era real, mis ideas eran libres [...] Era yo."»

En aquel lugar aprendió de las artes básicas y también algunas avanzadas. Desde fundir una pieza de metal y de atornillar una tuerca, hasta hacer su primera máquina.

"Una obra de arte, vive cien vidas más que las de su creador... Espero que tu obra nunca muera, pues perder tus manos sería una desgracia para el mundo."

Esas fueron las palabras de Tomás hacia Jeremías, y nunca las olvidó. Los halagos, lo hacían sentir un virtuoso, siendo que para el virtuosismo la experiencia no significa crear, sino pulir.

Así pasaron los años. Tres largos años allí y Jeremías ya dominaba con mucha habilidad el arte de la mecánica, la herrería y la electricidad. Había pasado de ser un aprendiz a un ayudante avanzado.

El último día de aquel año, Tomás había insinuado algo respecto de una mudanza. Asimismo, soltó una indirecta sobre su deseo de volver a trabajar solo como en los viejos tiempos, y ya con la mitad de la vida entre los talleres, ¿Que más iría a hacer un perro viejo?

En pocas palabras, lo que le dijo fue, "Empieza a buscar donde puedas quedarte. Tu estadía en este lugar se está acabando."

Así fue que Jeremías volvió a la calle, pero ya no era un niño extraviado, ahora era un joven responsable y muy trabajador. Aquellos años le fueron la base de lo que podía demostrar con su habilidad como herrero, mecánico o electricista.

Capítulo 2

"De primero fue una sorpresa. Creo que me entristeció más la idea de que no lo vería más a mi amigo, que el hecho de que me haya echado mi jefe del trabajo."

Era de tarde, la ciudad estaba tranquila y solo se escuchaba el graznido de algunas aves que sobrevolaban los edificios.

Habían pasado unas horas desde que Jeremías dejó el taller de Tomás, y aunque el aviso de desalojo le fue una sorpresa, salió en busca de un trabajo nuevo.

El tiempo pasaba rápido, y cuanto más disfrutaba el presente, más rápido se le esfumaba.

Jeremías no apreciaba estar atado al pasado, para él, recordar era peligroso. Y con cada día nuevo, se convertía cada vez más en un hombre.

A los efectos de la pubertad, ¿quién se salva de los cambios del cuerpo? Fue su voz, que comenzó a flaquear entre falsetes que eran graciosos de escuchar, pero para Jeremías, la vergüenza lo carcomía por dentro.

En esos tiempos, Jeremías era un hombre joven, dedicado y apasionado por su conocimiento y la labor. Para comenzar, y solo por necesidad, cualquier trabajo le sería de ayuda. Aunque de sus días en el taller, había recaudado algún dinero, y mal que mal, podía alquilar una habitación en algún hotelucho.

Claro, era necesario algún dinero más para poder mantenerse y sobre todo para comprar comida.

Y fue muy suertudo, porque ni bien salió a buscar un trabajo, en el Bazar de la calle 34 una señora no dudó en tomarlo como empleado.

Aquella señora de pelo canoso y de gesto amable, se hacía llamar Tía Tita. Jeremías había conseguido lo indispensable para pagar una buena habitación y no tener que dormir pensando si al próximo día le alcanzaría siquiera para la comida.

Aquella tarde, puso todo su esfuerzo para ganarse tanto el dinero en peso de su labor, como la confianza de la Tía Tita.

Pasada la media tarde, la Tía le dio su primera paga. Agradecido, se despidió hasta el siguiente día y salió caminando por la puerta. El sonido de las campanillas que tintineaban cada vez que se corría la puerta, era encantador. Desde dentro la Tía lo vio alejarse por el ventanal, entre la muchedumbre de gente que caminaba por la vereda. Solo quedó el silencio y las luces del negocio se apagaron.

A poco de hacerse de noche, Jeremías había llegado a un hotel de moderada calidad, suficiente para sus gustos. Con algunos ahorros y con lo que recaudó en el día, podría pagar por algunos meces, siempre y cuando se mantenga en el negocio de la Tía Tita.

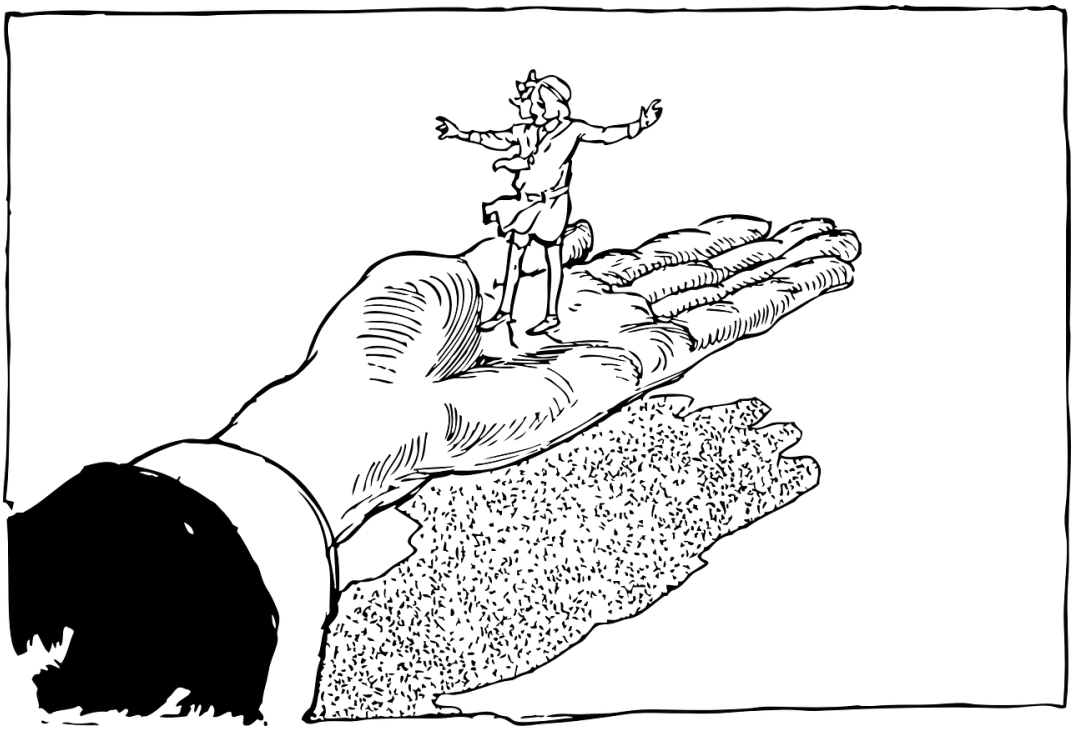
Los días trascurrieron y la Tía había entrado en suma confianza con Jeremías. El esfuerzo del joven comenzaba a dar frutos, aunque seguía barriendo y como algo nuevo, ayudaba en alguna que otra consulta de la clientela.

No era algo fácil cazar la escoba, el piso de madera del local estaba viejo y por entre las rendijas que se habían formado por el paso del tiempo y las incontables pisadas que constantemente iban y venían, se metía

arenilla y tierra, que se negaban a salir.

La Tía le había hablado de pagarle más si hacía también horario de mañana y a Jeremías le pareció una buena idea. Sin embargo, en sus planes no estaba quedarse para siempre en el negocio. Anhelaba trabajar en el taller y esperaba poner el suyo en la ciudad. Jeremías le hablaba a la señora sobre sus planes, y ella disfrutaba ver como se le dibujaba una sonrisa en la cara al joven cuando soñaba.

Además, la Tía era una mujer que disfrutaba charlar, y la compañía de Jeremías le hacía muy bien. Era buena concejera y siempre le daba recomendaciones al joven, aunque había veces que Jeremías hacía oídos sordos.



-Sé sensato y no arriesgues tus necesidades ante tus deseos, pero no pierdas la valentía para luchar por tus sueños.

Ella reconocía que Jeremías no se quedaría en el negocio para siempre y fue gracias a ella, que en un comentario con un comprador, Jeremías consiguió el alquiler de un taller a unas pocas cuadras de allí en la misma calle.

El día más emotivo para la Tía, fue cuando Jeremías se despidió. Entre una muchedumbre, que iba y venía frente al negocio, un día despejado y el angelical repicar de las campanillas chocando unas con otras cuando la puerta se abrió, hasta que todo se detuvo y quedó en stand-by.

Días antes, Jeremías había ido al lugar donde, de ahora en más viviría. El hombre que le alquiló aquel taller era un ex carpintero, que con la edad suficiente y con varios centímetros de barba, decidió dejar el trabajo y disfrutar de su vida.

El día estaba espectacular. Entre la gente que caminaba por la calle 34, Jeremías reconocía algunas caras, clientes del Bazar de la Tía. Los pájaros colgados del cablerío que pasaba por lo alto, de un lado al otro de la calle, pero no tan alto como los edificios.

Con sus mejores ganas, caminaba en rumbo a su nuevo taller. Era un lugar perfecto, estaba en el centro y le sería más fácil para conseguir clientes.

Así comenzó, con un pequeño cartel que se apoyaba en la pared de afuera, con poco instrumental, que aun así le servían, y cuales manejaba como un experto.

Sobre sus primeros encargos, algunas sillas, algunas partes metálicas para maquinaria, cosas a medida, y todos los pedidos entregados en fecha y forma. Jeremías sabía que sus primeros días serían decisivos para ganarse a los clientes y sobre todo para aparecer en los comentarios de la gente.

Sobre costos, no había nadie mejor en el trabajo que cobrara lo justo, como él. Algunos le recomendaban aumentar sus precios, puesto que su calidad sobresalía, pero Jeremías no buscaba el exceso en el dinero, más bien recordaba la humildad de Tomás, de la Tía y aunque le costaba recordar, también le volvía a la mente la figura de sus padres.

-Que el orgullo no entre en esta casa, que sea honesto el pan del cual nuestras manos ganaron, mediante la labor de un día, al cual agradecemos por seguir saludables, para mañana seguir viviendo un día nuevo.

Pero cada vez que recordaba le hacía doler el pecho, como una profunda punzada.

Pasaron varios días, y fueron días lindos, de mucho sol aunque con la briza que soplaba de vez en cuando, el día se hacía muy ameno. El trabajo era mucho, pero Jeremías estaba viviendo sus sueños.

Siempre ocurre, que un pequeño, y aunque sea muy pequeño, chirrido aparece a decir: “¿Eso es todo?”.

Jeremías había transformado su sueño en una rutina, y siempre hacía todo, y lo hacía mejor que cualquiera. Su taller había prosperado mucho en poco tiempo, en unas semanas, aquel lugar rebalsaba de encargos, chatarra, y por el fondo una pequeña cama que apenas se veía el cabezal desde el frente.

Los domingos no se trabajaba. Esa era la regla que tenía Jeremías. Al menos un día salía a caminar sin preocupaciones de tener que encender las máquinas, limpiar el taller, o atender clientes.

El domingo de esa semana fue distinto para Jeremías. Cómo no se levantó temprano a la mañana, no pudo comprar nada para almorzar y se ahorró el hambre hasta la tarde, cuando salió a caminar. El rugido de su pansa lo hacía temblar, que parecía un loco. Terminando la hora de la siesta, que suponía era de dos a cuatro de la tarde, dio una vuelta por la 34.

A paso de "tengo día libre", muy lento y mirando los escaparates que presentaban los negocios, vio algo que lo espantó. En la verdulería del señor Kúp se exhibía una enorme y vistosa Balaya. Jeremías, no pudo ni siquiera volver a mirar en aquella dirección, y tan rápido como pudo se escapó hacia la otra vereda.

El aire se había puesto pesado, y el cielo comenzó a nublarse.

Jeremías se dio cuenta de que en unos minutos, el cielo se vendría abajo en una torrencial lluvia. Las hojas de los árboles comenzaron a sacudirse, y cual no aguantaba, era arrancada de su rama y desaparecía volando de aquel lugar.

En la vuelta a casa, el cielo se pintó de gris y las abultadas nubes comenzaron a desagotar varios litros de lluvia. Jeremías se apuró lo más que pudo para resguardarse de la mojada, estando a unas cuantas cuadras del taller, haría tiempo bajo un toldo que sobresalía de una tienda.

La puerta que tenía detrás se abrió y unas campanillas sonaron en aquel movimiento.

- ¿Jeremías?

Una voz muy conocida, aunque de más gastada murmuró desde dentro del local. Jeremías miró por encima de su hombro y rápidamente se dio la vuelta.

- ¡Tía!

Jeremías había quedado frente a la tienda de la Tía Tita. Los dos se abrazaron como si no se hubieran visto durante mucho tiempo, que era cierto, porque Jeremías había desaparecido y no había ni siquiera vuelto a saludar.

La Tía estaba bastante más vieja, se le notaba en la forma en que se movía, y su voz había comenzado a volverse suave y rasposa. Ella le propició un reto, "¿Cómo no vas a venir a verme?", y Jeremías no sabía

que decir, solo respondía con una sonrisita, avergonzado se encogía de hombros.

La lluvia había pasado y aunque el cielo seguía en planes de mantenerse opaco, Jeremías aprovechó y se despidió de la Tía, prometiéndole que la semana que viene vendría a verla nuevamente.

- Cuídate, querido.

El aprecio de la Tía hacia Jeremías era sincero, y ella lo esperaría como él le había prometido.

Con poco más que ver, el día parecía estar más que desperdiciado. Las calles eran charcos y las veredas una alfombra de hojas muertas y mojadas que se pegaban en el calzado.

Jeremías parecía desganado y caminaba tranquilo, pensado en otras cosas, distraído. La ciudad estaba vacía y la tarde todavía estaba en el auge de ser aprovechada.

Mientras se miraba el calzado, escuchó el llanto lastimoso de un animal. Su primera reacción fue mirar para todos lados, pero no había nadie más que una señora que llevaba su paraguas cerrado en la mano.

El llanto venía de algún lugar cerca, se acercó a la esquina y se desvió para buscar qué animal estaba gimoteando con tanta desesperación.

Allí estaba, unos metros más adelante, un cachorro flaco y sucio tenía las patas traseras quebradas y no podía subir a la vereda. Por suerte no pasaba nadie por la calzada.

Jeremías no dudó en ir a socorrerlo y lo levantó con cuidado para que no le cause más dolor de lo que seguro, estaba sintiendo.

El pequeño animal entrecerraba los ojos, parecía agotado. Con el cuerpo frio por la mojada que agarró bajo la lluvia, parecía estar en las últimas.

El joven no conocía a nadie que atendiera animales, nunca antes había tenido alguna mascota.

Faltando tan poco para llegar al taller, Jeremías se apresuró y ni bien llegó, recostó al cachorro en unas telas viejas que usaba para recubrir las máquinas del taller. Fue mucho más instinto que saber, porque buscó de entre sus cosas algunas cremas para las infecciones y otras para los músculos. Jeremías no sabía si darían resultado, pero no perdía nada por intentarlo. El perro se había dormido, y había comenzado a recobrar el

calor, pero algo irrecuperable serían su piernas quebradas.

Lo que durmió el cachorro, no lo pudo dormir Jeremías. Se quedó toda la noche a un costado, sentado en su banquillo de trabajo. Pensaba y repensaba sobre lo que sería del pequeño. La impotencia de no saber que más hacer lo hacía sentir mal, vulnerable.

Al siguiente día, el taller no abrió.

El perrito seguía dormitando, durante la noche no había llorado, aunque pareció haber soñado con algo porque las telas que lo cubrían estaban corridas.

Jeremías no se había movido más que para acomodarse en el banquillo, todo el tiempo pensó en algún modo de devolverle la movilidad al cachorro. Pensaba: «Si no puede moverse, sus músculos se volverán flojos y los demás perros le llevarán la delantera siempre».

En el afán de hacer algo, se levantó y encendió algunas máquinas. Entre la chatarra que tenía comenzó a revolver algunos trozos de metal y madera, algo debía servir.

Con destreza y habilidad empezó a inventar algo que nunca había inventado, y era algo distinto a lo que alguna vez pensó podría llegar a hacer.

Fundía, moldeaba, enfriaba, martillaba y refinaba, Jeremías era un artista, y en sus manos se proyectaba una idea que solo había aparecido fugazmente en su cabeza.

Varios golpes en el portón del taller sonaron durante el día, pero Jeremías estaba inmerso en su trabajo, el mundo seguía dando vueltas y el día pasó sin que se diera cuenta. El cachorro había abierto los ojos y ladrado, parecía con hambre. Un poco de agua, algo para comer, pero no mucho más, Jeremías tampoco disponía de una despensa de donde pudiera sacar comida a discreción.

Pasada la tarde, las máquinas dejaron de funcionar, el martillo hacía rato que descansaba y Jeremías se levantó a estirarse.

- Ahora es tu turno, pequeño.

El perro estaba tirado, y lo miraba desde lejos, lastimoso, pero sin miedo. Cuando Jeremías se le acercó, el pequeño se quedó manso. Una caricia en el lomo que pareció agradarle porque se estiró con gusto.

Jeremías había preparado una especie de montaje con rueditas, como si fuera una carreta donde el perro podía introducir sus patas traseras, y sin

hacerlas hacer fuerza, podría moverse gracias a las ruedas que tenía a los costados.

El joven tomó valor y alzó al perro desde la cadera. El cachorro se resintió un poco, pero no hizo mucho ruido, parecía no querer derramar ni una lágrima más.

Cuando tomo el montaje, Jeremías colocó las patas del animal y las introdujo lentamente. Cuando estuvieron dentro, ajustó en su cadera para que no se le saliera tan fácilmente y dejó al cachorro en el suelo.

Aunque con falta de fuerza, quizás por dormir demasiado, el pequeño comenzó a moverse por todo el taller. Le era difícil acostumbrarse, las ruedas parecían muy ligeras y debía controlarse únicamente con sus patas delanteras.

- ¿Té parece bien?

El perro le devolvió un ladrido juguetón y se arrimó a la pierna donde apoyó su pequeña cabeza y allí se quedó parado.

- ¿Quieres salir afuera?, hoy no llueve.

Pasada la mañana los dos dieron un paseo bastante lento, el cachorro se estaba acostumbrando a andar con aquel aparato, y había veces que bajando la vereda, el pequeño se daba vuelta, y aunque a Jeremías le diera gracia, acudía rápidamente para levantarlo. Y cuando lo alzaba, el joven recibía un lengüetazo en toda la cara.

- Pero que lindo cachorro. ¿Cómo se llama?

La señora del verdulero hacía unas compras por el centro y los vio pasar a Jeremías y al pequeño perro.

- ¿Nombre?

- ¿No le has puesto nombre?, deberías.

Dijo la señora y siguió caminando.

« ¿Nombre? ». Pensó Jeremías.

Si Jeremías tuviera que elegir un nombre para el perro, de seguro que no sería un nombre común como “boby” o “toby”, aunque no buscaría mucho más que a la vuelta de algunas ideas.

- Te llamaré Sollozo.

A Sollozo le pareció bien, le respondió con un ladrido y le dio unas vueltas por al lado, bastante alegre se veía.

Desde aquel día, Sollozo se quedó al lado de Jeremías, y no le presentaba mucho problema porque cuando era hora de trabajar, el perro salía a jugar con otros perros.

Como Jeremías le había prometido a la Tía, a la semana siguiente apareció en el negocio de la Tía, y para su sorpresa, lo llevó a Sollozo.

La Tía estaba contenta, le había comentado sobre dejar de atender el negocio y por fin descansar, se merecía algún viaje decía. Saliendo de la tienda, Jeremías llevó a Sollozo al parque, la tarde aún tenía para varias horas de sol, y podrían pasear hasta el atardecer.

Sollozo era un perro muy cariñoso, y en sus corridas por el pasto del parque, parecía alegrar la tarde de todos, no solo las de Jeremías.

Para cuando el joven se levantó del suelo, se sacudió y llamó a Sollozo, una joven que venía mirando para otro lado tropezó con Jeremías.

- Discúlpame, no te vi.

La voz de la mujer parecía un canto, y su rostro era muy bonito. Jeremías la miró y no pudo resistir desviar la mirada.

- No, discúlpame vos a mí, yo estaba distraído.

Sollozo se apareció correteando, y con aquel montaje que parecía controlarlo a la perfección. Soltó un ladrido y Jeremías lo miro, estaba distraído de verdad.

- ¿Es tuyo?

- Si, en realidad vive conmigo. Su nombre es Sollozo. Lo encontré un día de lluvia y lo llevé a casa.

La joven se acercó al perro y Sollozo pareció agradarle los mimos que recibió.

- ¿Han venido a pasar la tarde?

- Si, aprovechamos el lindo día. Ya estábamos regresando a casa. ¿Vos?

- Yo tenía que ir al centro, en calle 34. Tengo que ir a una tienda.

- Nosotros vamos para allá, podemos acompañarte.

La joven le dijo que no había problema y los tres emprendieron viaje para la calle 34.

Charlaron mucho antes de llegar al centro, y cuando fueron a separase, Jeremías le preguntó como su nombre-.Sofía -Dijo ella y se despidió con un beso en la mejilla de Jeremías y una caricia en el lomo de Sollozo.

Regresando al taller, no podía distinguirse cuál de los dos cargaba con la sonrisa más grande.

Image not found.

«Todo parecía ir bien, y se puso mejor. Aquel día preferí nunca olvidarlo».

Fue quizás una noche placentera, de dulces sueños, como la suelen llamar. Jeremías se había enamorado.